

Europa ante el horror en Gaza

Alberto Piris

Publicado en Estrella Digital. 13 de Enero 2009

Parecería como si sobre la invasión de Gaza por el ejército de Israel estuviera ya todo dicho y todo discutido. Tan abrumadora viene siendo la proliferación de opiniones, declaraciones, comparaciones e informaciones, que resulta casi imposible añadir nada nuevo, sea para vencer la permanente sensación de horror que se sufre al contemplar a diario la ciega violencia desatada, sea para contribuir, siquiera en una mínima parte, a que se dé un paso hacia el fin de esta nueva barbarie.

Si no queremos convivir con el horror o, lo que es peor, ser cómplices de él, es obligado esforzarse por abrir un camino que permita entender algo de lo que está ocurriendo. Esto resulta muy difícil ante el riguroso control de la información -arma de guerra- al que Israel ha sometido a los medios de comunicación. Sólo sabremos lo que los atacantes desean que sepamos. Lo demás habrá que intuirlo, adivinarlo o averiguarlo mediante otras fuentes alternativas, que también están sometidas a la subjetividad propia de un conflicto de esta naturaleza.

En principio, y por encima de todo, es imposible resistirse a la necesidad moral y de justicia de estar cerca del que sufre, del que es atacado, del que muere bombardeado, del que lleva sometido a una inicua, duradera e intolerable opresión desde la artificial creación del Estado de Israel. Era justo y necesario estar del lado de los judíos perseguidos y exterminados por los nazis y es justo y necesario estar del lado de los palestinos hoy atacados por el Ejército de israelí. Ejército al que apoya, no se olvide, la inmensa mayoría del pueblo que con insistencia se viene proclamando sucesor de los que sufrieron el Holocausto. Ejército, el de Israel, que también sacrifica hoy (no otro significado tiene la palabra "holocausto") a otro pueblo que es, como eran los judíos para los dirigentes de la Alemania nazi, un obstáculo para sus designios nacionales y chivo expiatorio de todos los males que aquejan al pueblo elegido, sea éste el ario o el preferido por Jehová.

El Estado de Israel goza de una impunidad que a muchos se antoja

incomprensible. Si cualquier otro país del mundo se hubiera servido de la fuerza militar como lo hace ahora el Gobierno israelí, sobre él habría recaído la condena más severa; sus embajadores habrían sido expulsados de las capitales del mundo que se tiene por civilizado y hasta su propia pertenencia a la ONU habría sido puesta en entredicho.

Quede bien claro que el Gobierno de Israel no es un régimen nazi; cualquier comparación a este respecto es falsa y poco favor hacen a la paz los que aducen tan irreal paralelismo. Pero el Gobierno de Israel viene haciendo tabla rasa de cualquier norma internacional que pueda afectar en lo más mínimo a sus intereses. Es el país que más ha violado las resoluciones del Consejo de Seguridad y el que menos ha sido castigado por tan continuada vulneración. En suma, es el miembro rebelde, indisciplinado, pendenciero y peligroso de la comunidad internacional; provisto, además, de armas nucleares. La excepcionalidad israelí está avalada, apoyada y sostenida materialmente por EEUU, que para conservarla no duda en utilizar muy distintos patrones de medida para Israel y para el resto del mundo, con el consiguiente descrédito internacional.

Resulta natural, pues, que todas las miradas se dirijan a EEUU cuando se trata de resolver este enrevesado problema. No es desacertado sospechar que la solución del conflicto, si existe, está en Washington. Y, si está en Washington, Obama tendrá algo que decir y algo que hacer al respecto. Lo poco que hasta ahora se le ha oído no es muy esperanzador: "Si alguien lanzara cohetes contra mi casa, donde duermen mis hijas, haría todo lo que pudiera para impedirlo", dijo, sosteniendo la hipótesis israelí de que la invasión de Gaza es consecuencia de los ataques palestinos con sus cohetes de fabricación artesanal. Su tan alabada ecuanimidad no le llevó a considerar que el pueblo encerrado en la mayor prisión que existe hoy en el mundo, la franja de Gaza, también ve llover sobre las casas donde duermen sus hijas toda la furia destructora del ejército más potente de Oriente Próximo, y también hace todo lo que puede para evitarlo, aunque esto sea muy poco y se considere terrorismo, con el que se intenta oponerse al terrorismo de Estado israelí.

Ante esto, es obligado sentir la vergüenza de pertenecer a la Unión Europea. Preocupada por la falta de calefacción que supone un problema para muchos de

sus ciudadanos, muestra su honda indignación con Rusia, a la que acusa, sin demasiada razón, por la escasez del suministro de gas y amenaza con represalias, pero no es capaz de mostrar la misma irritación ante al reiterado asesinato de palestinos que se está produciendo en su más inmediato entorno. Incapaz de una acción conjunta, Europa mira a la Casa Blanca, esperando que desde allí venga la solución milagrosa del problema. ¿Y si Obama, como quienes le precedieron, sigue su misma línea de actuación u otra muy parecida? ¿Seguirá Europa retorciéndose llorosa las manos, limitándose a mostrar su indignación ante un horror que pudo ser evitado si hubiera actuado con más decisión? Todo nos induce a sospechar que, mal que nos pese, así ocurrirá.

*** General de Artillería en la Reserva**